# POCO ANTES DE MORIR: LEONCIO PRADO

*CARLOS ENRIQUE FREYRE*

*Una adaptación de la versión Molinari sobre la muerte del valiente coronel Leoncio Prado Gutiérrez, natural de Huánuco, marino en el combate de Abtao, héroe del combate del Dos de Mayo, prócer de la independencia de Cuba, que se batió por el Perú en la batalla de Tacna, y cayó herido en Huamachuco; que inició su carrera en el mar a la temprana edad de trece años y sucumbió peleando, como había vivido siempre, antes de cumplir los 30.*

- Soldado, hazme un favor: dame un tiro aquí- y se señaló la frente

Tenía una amplia herida que le supuraba la pierna y un tormentoso dolor que soportaba desde que, en plena batalla, una granada le hizo trizas esa extremidad. Después de la debacle, consiguió escapar junto a sus dos ayudantes y un chino de servicio, pero el estado de su cuerpo no le daba para perseguir el horizonte. No le faltaba mucho para cumplir los treinta años y durante ese par de días a la deriva, los estragos de la intemperie le acendraron los recuerdos. Recordó por ejemplo, cuánto lo amaba su padre.

De él heredó su frente amplia, la tenacidad selvática y la expresión vívida de los ojos, aunque no el color. Para no ser idéntico, desestimó la idea de usar la barba poblada que era el rasgo que lo distinguía por encima del uniforme con laureles patrios y decidió utilizar un bigote de punta y gomilla que no sobrepasaba la comisura de los labios pálidos y le daban una apariencia de hombre mayor. Ni cuando los chilenos lo encontraron, perdió el perfil del único retrato que se hizo después de llegar de Cuba y a pesar del dolor insufrible de la pierna herida, lo mantuvo aliñado como para las mejores ocasiones de su vida.

El soldado chileno que lo encontró se negó a dispararle y en vez de eso, subió corriendo por la ladera hasta encontrar al oficial a su mando. Se llamaba Aníbal Fuenzalida y era artillero, hijo de un antiguo diputado de gobierno, de educación medianamente esmerada y ese mismo día iba a ser ascendido a capitán, sin sospecharlo. Caminó un trecho regular hasta que se guió por el estertor del hombre detrás de la ramada. No demoró mucho en distinguirlo. El coronel Leoncio Prado le estiró la mano para saludarlo y él se la estrechó amablemente.

- Nunca le he dado la mano al hijo de un presidente- le dijo Fuenzalida
- Pues, créame teniente, que no es nada del otro mundo-

Muy cerca de él, el coolie los miraba con sus ojos orientales sin decir una palabra. Había permanecido así, sin emitir un solo sonido los dos días anteriores. En el desvarío del dolor, aterrado por la premura con que se le anunciaba la muerte, volvía a la realidad con el coolie curándole la herida sin otro remedio que un regador de agua hervida y una infusión de hierbas silvestres, pero conforme las horas pasaban era innegable que la infección ganaba mayores espacios y lo pudría en vida. El coronel le rogó que se la amputara de un solo machetazo para aliviarse el trajín del dolor, pero el chino permaneció silente. Después lo amenazó y lo maldijo y se lo ordenó con todas sus fuerzas, hasta que comprendió que su mutis era una señal de auténtica piedad y nuevamente se sumergió en las fiebres de la infección.

- Este pobre chino es tan bueno, que, por más que he hecho, no ha querido cortarme la pierna herida- le dijo a Fuenzalida.

El viento sopló arisco agitando la ramada y el eco de su amorfa voz se perdió entre las piedras de la cuesta. Fuenzalida ordenó a sus hombres preparar una camilla improvisada de palos y retazos de tela para trasladarlo hasta Huamachuco. Cuando Prado lo advirtió, le explicó que era una pérdida de tiempo. En cuanto lo vieran sería fusilado. Perdería tiempo valioso llevándolo hasta allá y más bien, volvió a solicitar su ejecución sumaria. El oficial chileno lo refutó, con el argumento de que ningún hombre con sentido común sería capaz de fusilar al hijo de un presidente, aunque más tarde, tendría que reconocer que su percepción estuvo muy lejana a la realidad.

- Apenas terminemos, lo llevaremos a Huamachuco. Hay que aprovechar la seca. El camino está limpio- le dijo finalmente.

La tropa y los ayudantes comenzaron a unir las telas con la celeridad de la experiencia que les había dado casi cuatro años de guerra, de llevar y traer cadáveres y cuerpos heridos. Prado observó el procedimiento y, casi como siempre, empezó a dar indicaciones para la preparación de la camilla.

- No gaste fuerzas- le dijo Fuenzalida
- No las gasto. Hablo para calmar el dolor- y se descubrió la pierna

El chileno se espantó de ver el muslo destrozado por las esquirlas. La sangre

coagulada y la pus hacían causa común con el metal. Había visto heridas de guerra en todos los frentes, pero pocas como esa gangrena espumosa, fétida y amenazante. Tenía la vista fija en la dimensión del orificio, hasta que el coronel lo interrumpió con una frase que le pareció sacada de ese contexto tan cruel.

- Tengo que reconocer que sus artilleros tienen una puntería envidiable-

La idea abstrajo al escenario a Fuenzalida. Se sintió aludido pues él mismo era artillero de campaña. Lo miró a los ojos, que, como dos náufragos mustios, navegaban en la imaginación para evadir el dolor, y se trabaron en una conversación animada sobre la precisión de las armas, de las grandes campañas que asolaban Europa al estornudo de un rey. Le explicó las virtudes de su ejército a su paso por el campo de batalla y el chileno, aparentando buen humor, tuvo que reconocer que se habían salvado de una derrota segura en las faldas del cerro Sazón. El diálogo era entretenido y brillante y la cultura de Fuenzalida, esmerada. La declaratoria de guerra lo lanzó a presentarse en un regimiento, pero los jefes se percataron rápidamente de su talante y lo convirtieron en un competente alférez.

Prado dominaba el inglés, el francés, el latín de las misas y rudimentos del alemán y sus conocimientos sobre el deporte de la guerra eran certeros y proverbiales. Había descubierto a Clausewitz en los anaqueles de una biblioteca en Cienfuegos, al término de la odisea del Céspedes, y se había quedado maravillado con el despabilamiento de la cuestión del ejercicio político, lo que contrariaba gratamente una creencia suya, la cual consideraba a las lenguas germanas como idiomas gélidos, sin la pasión suficiente para describir una trama tan angustiosa como la política.

Cuando los soldados y los ayudantes terminaron de preparar el improvisado transporte, lo subieron con cuidado y palparon su cuerpo esmirriado, de pocas proporciones pero atlético; una especie de naturaleza felina, con la catadura del coloide y la dureza de la roca caliza. No hizo ni un gesto, ni un guiño de dolor. A pesar de los cuidados, era inevitable el sufrimiento del traslado por la abrupta conformación de las quebradas y la sinuosidad de las pendientes caprichosas que se sucedían conforme se dirigían a Huamachuco. En esas instancias, dejó de hablar para rozar el vericueto de sus propios sueños: recordar, nuevamente, cuánto lo amaba su padre, la contemplación de los colores diversos del lecho oceánico, el grosor de las gotas de lluvia de las tormentas tropicales y el espanto musical de las reventazones del Caribe. Entonces, en el vórtice de

esas revelaciones, avizoró con certeza que moriría pronto y volvió a dirigirse a Fuenzalida, que en ese instante reconocía el perfil de las casas al pie de los promontorios:

- Teniente – lo llamó
- Diga coronel-

Leoncio Prado rebuscó entre las mantas y extrajo un anteojo.

- Le obsequio esto. Su valor no está en el lente de aumento, sino en lo que me ha permitido leer todo este tiempo-

Fuenzalida recibió el presente sin saber que decir. No era en todo caso, la despedida de un hombre en agonía, sino un acto de pura fe. La señal de un hombre que sabía que su aura de buena suerte había terminado; cuyos sueños comenzaban a extinguirse con el desahucio de la cercanía del enemigo que lo esperaba en los peldaños de la muerte, provisto del rigor de verdugo que nada tenía que perdonar, que nada tenía que escuchar, que sólo tenía que ejecutar el dictamen de los que ganan las contiendas: aplicar la ley del fusilamiento o de la horca para ahorrar munición. Entonces Prado alzó la vista y buscó al chino que andaba sin hablar en medio de los ayudantes y llamándolo por su nombre originario, le dijo:

- Sírvele al teniente durante toda tu vida, lo mismo que me has servido a mí-

********

Sobre Huamachuco, el aroma de la muerte se disipaba a ratos, según las vacilaciones del viento que arrastraba el tufo de las piras encendidas en la pampa, como la ceniza enceguecedora de los volcanes despiertos. Un piquete de chilenos descansaba cerca de la amplia plaza, cuando sintieron el murmullo de la caravana que ingresaba con el herido. Los oficiales del regimiento reconocieron en el acto al ilustre enemigo. Lo habían apreciado pocos días antes, en el campo de batalla, distinguiéndose por su despliegue y brío, a tal extremo, que no le disparaban por el espectáculo de verlo recorrer la pampa con devoción y porque sabían que ni el mejor tirador le acertaría. Era munición gastada en vano. Pero también sabían de él por su fama de marino: algunos de sus enemigos pelearon junto a él en Abtao contra los españoles, cuando era un adolescente cuya fuerza de brazos alcanzaba apenas para tejer los nudos y cargar los casquetes de pólvora y se enteraron de su aura, cuando su fama trascendió

el Atlántico con una efervescencia que solamente tendrían muchos más tarde los actores de cine. Junto a un puñado de independistas, un revólver, machetes de cortar palos y una patente de corzo, asaltaron un barco de insignias reales de España con un valor tal, que sus palabras trascendieron el tiempo, los espacios y los calendarios y lo elevaron de la categoría de persona, a la de personaje.

Detuvieron la camilla a media entrada de la Plaza. Otro de los oficiales apostados en la cercanía lo reconoció porque lo había visto en calidad de prisionero después de la batalla de Tacna y lo llamó:

- ¡Pradito! ¿Qué pasó? ¿No estabas en Chile?-

Y aunque no era su intención, el saludo terminó siendo una contraseña. El coronel Gorostiaga lo oyó. Venía de una rabieta temprana porque había tenido que fusilar a un contingente de compatriotas suyos que habían desertado de sus fuerzas no para retornar al sur, sino conquistados por la imagen del general Cáceres. Su rostro era largo y macilento, como el de las estatuas de los pueblos olvidados bajo el polvo; con la barba de apóstol harapienta, abandonada a la premura de las canas. La cornisa de la frente bajo el quepis dejaba entrever la profunda calvicie de la que era víctima por herencia vasca y entre charreteras y el uniforme con la flor de lis de paño, tenía el extraño título de gobernador de Cajamarca y La Libertad.

Jamás se había sentido, sin embargo, con ese atributo de autoridad y por el contrario, aspiraba cuanto antes terminar la guerra para respirar pronto el aire portuario de La Serena. Era un verdugo por vocación y por convicción: hordas hostiles de indios lo habían atacado, ataviados de un fervor inhumano, en más de una ocasión y sabía que este último azar de la providencia no podía ser desaprovechado de modo alguno. Debía exterminar cualquier intento de reorganización cercana o lejana. Así que fusilaba todo lo que se movía con el argumento astuto de que no se trataba de fuerzas regulares, sino de una sarta de montoneros a los que la ley no tenía entre sus dictámenes, ni en sus cánones.

El teniente Fuenzalida ingresó a una oficina improvisada después de la batalla y se le presentó indicándole que había cumplido con sus obligaciones. Agregó solícitamente las condiciones del herido; desde el grave estado de salud que lo aquejaba hasta los detalles de su captura, los pergaminos de su estirpe y su foja de servicios, los agravantes que pesaban sobre su cabeza y los atenuantes que podrían intervenir a su favor. Gorostiaga parecía oírlo, sin parpadear, sin mover



*Coronel Leoncio Prado en la Batalla de Huamachuco*

un milímetro los músculos de su rostro; fingiendo la atención de un superior que respeta los reportes de sus subalternos. Pero en realidad, analizaba el comportamiento del teniente y, antes de que este terminara su soliloquio, concluyó que se había dejado conquistar por la prédica de un enemigo mortal.

- Bueno capitán – le dijo Gorostiaga – Fue usted por unos cañones y nos trajo algo mejor: un adalid de guerrilleros-
- Disculpe mi coronel, pero todavía soy teniente efectivo del Ejército-
- Pues le comunico que acaba de hacerse acreedor a este ascenso. Su despacho se lo entregarán saliendo de aquí-

Gorostiaga le ordenó acompañarlo hasta donde el prisionero. A esas horas y para prevenir un levantamiento, lo habían llevado a una casa de uso familiar, contigua a la Plaza Mayor, perteneciente al hacendado Acosta, que por su amplitud los oficiales chilenos señalaron como cuartel de artillería. Ingresaron por la puerta principal y anduvieron hasta toparse con la entrada de la pequeña habitación custodiada por los centinelas de turno.

La primera impresión que tuvo Gorostiaga al verlo, fue el fulgor recalcitrante de sus ojos. Si su rostro de témpano era poco impresionable al espectáculo de la guerra, esta vez, frente al acto de la mirada del coronel, su memoria se contrajo a la única vez que vio a un endemoniado en las cercanías del río Toltén. Estaba al mando de un pelotón de reconocimiento que patrullaba los terrenos baldíos que eran tierra de araucanos, cuando sus tres primeros hombres cayeron fulminados por lo que, de buenas a primeras, creyó que era una emboscada. Recuperado del impacto y dispuesto en formación para el combate, rápidamente se le reveló que poco podía hacer frente al peligro que le amenazaba: detrás de una empalizada de eucaliptos y ortigas, una india Huilliche se retorcía sobre la grava, poseída por Hetu-Ahin, un demonio femenino de la Polinesia. El demonio rápidamente lo reconoció, porque sabía de insignias militares y le sostuvo la mirada con la inquina al tope, mientras al mismo tiempo consumía a la mujer y asfixiaba a los soldados. Sus ojos, provistos de un fulgor sobrenatural, se clavaron en él, como dos estacas.

Gorostiaga rápidamente comprendió que poco podía hacer con la fusilería y, cuidadosamente, se replegó. Pero lo peor estaba por venir. Varios días de fiebres incontrolables y la constante pesadilla de los ojos de Hetu-Ahin persiguiéndolo a través de las peñas del Arauco lo sumergieron en una crisis de vómitos y lavativas y de un temblor que no amainó ni con los tratamientos de agua santa que le

prodigaron un séquito de monjas especializadas en sanar estragos diabólicos. La convalecencia fue igual de terrible y dolorosa; siempre bajo el terrible impacto de los ojos siguiéndolo en pesadillas. Una vez recuperado, se aseguró de declarar en voz alta lo que haría si otra vez se halla en las proximidades del demonio:

- Apretaré el gatillo-

Frente al coronel en su lecho final, el mismo pensamiento lo asaltó, determinantemente. Se estrelló a los ojos de Prado, que a pesar de su dolencia, mantenía la mirada agreste de su índole selvática. A la hora en que iniciaron el interrogatorio sumario, él tenía tomada secretamente su decisión: apretaría el gatillo, pues nunca más tendría una pesadilla, ni algo que se le parezca.

- Realmente tiene unos soldados muy valientes- se adelantó a decirle Prado, antes de que lo saluden.

Los chilenos lo oyeron hablar, extasiados. No parecían presenciar la postrimería de un herido sin remedio, sino el monólogo de un erudito. La conversación derivó a otros tópicos: los largos viajes y su dominio del mar, y los argumentos para ejercer una buena puntería con los cañones de tiro de sumersión. Fuenzalida caía muy fácilmente en la conversación y aunque Gorostiaga también se contagió del mismo ánimo, una ráfaga de sentido común lo hizo ubicarse en el papel de cancerbero.

- Lo que nos congrega aquí, coronel Prado, es hacerle reconocer que a pesar de un compromiso firmado en Santiago cuando usted era nuestro prisionero en el que se comprometía a no volver a alzarse en armas contra Chile, ha faltado a su propio juramento- le dijo Gorostiaga.

Prado no se sorprendió. En la desventaja en que se encontraba, reconoció el timbre de voz del enemigo, igual al de las fieras que atacan por temor.

- Pues bien. Mire coronel Alejandro. Chile está haciéndonos una guerra de invasión y de conquista y tratándose de defender mi patria, puedo y debo empeñar mi palabra y faltar a ella, cuantas veces sea necesario- le contestó

- Ese no es el nivel de responsabilidad de un oficial profesional, Prado-
- Me he batido después muchas veces defendiendo al Perú y soporto

sencillamente las consecuencias. Ustedes en mi lugar, con el enemigo en la casa, harían otro tanto. Si sano y me ponen en libertad y hay que pelear nuevamente, lo haré porque ese es mi deber de soldado y de peruano-

Sin embargo, aquella no fue su condena final. Por el contrario, su argumento era válido y del mismo modo, lo era para Gorostiaga. En la decisión final – expuesta en el parte de guerra que remitió a sus superiores en Lima y Santiago- no pesó la idea bien proporcionada que ese hombre, aún sin pierna, podría alzar un nuevo ejército y extendería por mucho más tiempo el conflicto, sino su mirada provocadora; el color de los ojos del desafío, que atizados por el dolor alcanzaban proporciones incendiarias. El escalofrío de las fiebres hizo un atisbo de apoderarse de él al salir de la habitación y la música que provenía del colapso de los cerros con el viento helado se amplificó en sus oídos. Cruzó a grandes trancos la plaza del pueblo y ocupó un lugar en la oficina, llamó a los ordenanzas que le atendían y dispuso verbalmente la partida del mayor Fuenzalida a otra misión.

******

Por la pequeña ventana, se filtraba una luz alicaída que no dejaba entrever el sol de la serranía, alegre por vocación. Las cenizas de la muerte seguían esparciéndose en los alrededores. Ennegrecían el ichu, oxidaba los metales, contaminaban el agua. El coronel volvió a recordar nuevamente a su padre. Recordó su primer viaje a cuerpo de mula a través de las punas apenas a los seis años, para reencontrarse con él. Y no sólo lo volvió a ver, sino que lo descubrió, exhibiendo su uniforme de jefe del regimiento de La Unión. Se convirtió en su héroe favorito y tempranamente tomó la decisión de emularlo. Fue incorporado como soldado distinguido en La Unión a los ocho años de edad y así se mantuvo hasta ese día fatal, en Huamachuco, con la pierna despedazada y en las garras del enemigo.

El capitán Benavente reemplazó a Fuenzalida en el cargo de dar tratamiento al prisionero. Inicialmente llegó con el cirujano mayor del Ejército de Chile, a quien ordenó cambiarle las vendas, proveerle de una magra ración de caldo de habas y soltarle la maroma del inútil torniquete, que también había sido alcanzado por la gangrena. Mientras el cirujano hacía su trabajo y le untaba una medicina que poco podía hacer por contrarrestar el avance de la infección, los oficiales continuaron su diálogo.

- Buen empleo hacen los ingleses de ustedes, Benavente-
- Se equivoca, Pradito. Esta es una causa de honor nacional-
- Eso lo pueden creer los soldados rasos, como nosotros. Pero cuando subas un peldaño más, te vas a dar cuenta que los cachos del Diablo no se ven desde abajo, sino desde arriba-
- ¿Es tan grave?-
- Lo lamento por América. Bolívar no tenía idea de lo difícil que es lidiar con este bosque de desiguales. Ahora le pido un favor, Alfredo-
- Dígame Pradito-
- No sé si me van a mandar a matar o no, pero si existe algo de caridad en sus jefes, dígales que necesito que me corten esta pierna mala-
- No lo matarán. O al menos no se lo escuché al capitán Fuenzalida, ni a mis jefes de compañía. Pediré hoy mismo por su pierna-

Benavente lo creía sinceramente. Cuando cesó la atención y ubicó a los centinelas, retornó a presencia de Gorostiaga, que fumaba una pipa de tabaco silvestre y redactaba a pulso sus informaciones. Pidió permiso para hablar y exponer el estado de las piezas cuyo traslado se iniciaría pronto, de la cantidad de caballos y acémilas con las que contaba para llevar alimentos y bagajes, y estaba por reportar el estado del coronel Prado, cuando Gorostiaga lo interrumpió: que el corneta toque llamada de oficiales para reunir al Estado Mayor y reiniciar la marcha; que se realice el apresto de las acémilas, el embadurnado de los cañones para el traslado, que se pase la última comida y que los soldados alisten sus morrales y que se fusile al coronel Leoncio Prado. Benavente se quedó helado. Apenas se sobrepuso de la sorpresa, solo atinó a decir:

- ¿Va a estar presente en la ejecución?-
- No quiero volverlo a ver- respondió Gorostiaga, muy escuetamente. Y añadió:
- Y nunca, capitán, se le vaya a ocurrir mirar a un diablo a los ojos-

*****

El último sábado de su vida, el coronel Leoncio Prado Gutiérrez supo que iba a ser ejecutado antes que se lo comunique, porque nadie vino a cortarle la pierna herida. La sospecha sobre el destino que le esperaba en las próximas horas lo hizo pensar en las medidas de su herencia, de sus actitudes y saboreó los recuerdos de sus padres, de sus compañeros de armas y de la soflama del trópico. La última embestida de la infección lo mantuvo en vigilia, planeando sus propias exequias y lamentando el mal destino del país, envuelto en una guerra que perdió antes de empezarse, abandonado por sus políticos, destruido en

sus entrañas. Recién reparó que el dolor lo había acompañado siempre. Quizás desde el día que descubrió que tenía otros hermanos, quizás el día en que vio morir a Grocio con los pulmones destruidos por la guerra, quizás porque los Ugarteche nunca lo vieron a la altura de sus hombros, quizás porque había nacido para pelear, lo que más lamentaba en ese instante era no poder blandir un puñal y batirse contra sus captores. Volvió a reparar en la mujer con la que había compartido el calor de la campaña: estaba esperando un hijo suyo. Le confortó la idea que al menos, mientras no ocurriera algún mal reparo del albur general, dejaba la semilla de su amor en alguna parte.

El día en que iba a ser fusilado no le trajeron el caldo de habas e infusiones de hierba para aliviar el estómago, sino que el capitán Benavente le anunció con mucho rodeo las órdenes que traía. Las recibió sin angustias, como si no le importaran realmente. Solamente solicitó ser fusilado en la plaza, como correspondía a su grado y mérito, pero el oficial llevaba las indicaciones explícitas que se le ejecutaría en su mismo lecho. Cuando se le preguntó por alguna petición en particular, pidió un lápiz y papel. Benavente ordenó al primer cabo que corriera a traérselo. No demoró mucho. El coronel lo recibió y comenzó a escribir una escueta epístola donde anunciaba que sería ser fusilado por el delito de defender a su patria.

- ¿Qué hora es? – preguntó
- Las ocho y veinticinco- le respondió el oficial

Entonces consignó: "seré fusilado a las ocho y treinta. Lo saluda su hijo que no lo olvida, Leoncio Prado"

Luego entregó el papel, devolvió el lápiz y dio un suspiro. El dolor había amainado. La hediondez de la herida, más el sudor de prisionero, generaban una atmósfera solemne y temible. Prado levantó la mirada. Miró a Benavente y casi le ordenó:

- Ahora. Es tiempo. Antes de esto, capitán, deseo que se me sirva una taza de café-

En ese instante, ingresaron los dos soldados que debían de fusilarlo. Los miró a la cara, esbozó una mueca y se dirigió nuevamente al oficial:

- Esto es una burla, capitán-

- No lo entiendo Pradito-
- ¿Me quiere fusilar con dos? Pues dispongo inmediatamente que sean cuatro. Haberse visto, hacerle tamaña ofensa a un muerto en vida-

El chileno ordenó al sargento que trajera a los centinelas de las piezas, que llegaron junto a la taza de café preparada por sus ayudantes, quienes también iban a ser ultimados momentos después. Una vez que Prado los contó completos, preguntó por el cabo y este le contestó presente. Se dirigió a él, especificándole adonde debería apuntar cada cual: los dos de la izquierda, directamente al pecho y los otros dos, a la parte superior, en la cabeza.

- Harán fuego cuando termine el café y de tres golpes con la cuchara en la taza- Y añadió: -Cuando terminen el fuego, usted, señor cabo, da un paso adelante y me asegura el corazón.-

El cabo asintió. Benavente y los otros dos oficiales enemigos presentes se le acercaron para despedirse, mientras que Prado, imperturbable, soltó solo una frase:

- Adiós compañeros-

Cada uno de los oficiales respondieron: "adiós Pradito", individualmente, y le pidieron ser tan fuerte en la muerte, como lo había sido en la vida. Se encomendaron a él, del mismo modo en que los mortales comunes y corrientes piden por sus almas a los santos. Benavides no pudo contener las lágrimas. Prado seguía mirándolos, sin pestañear, sin hablar, sin recriminar, sin dejar de pensar en su padre y en las mañanas nubladas persiguiendo al regimiento de La Unión y en el color incierto del mar y en el olor de la cubierta en los cargueros trasatlánticos en los que hizo de capitán, de pasajero de primera clase y algunas veces de polizonte o de refugiado sin salvoconducto.

Entre sus manos sostenía la taza de café. La saboreó a su gusto, sabiendo que al final de cada sorbo, conforme el líquido bajaba su nivel, el dolor incendiario de las balas se abriría paso por su cuerpo. No tenía miedo. En realidad, en esa extraña vocación suya de vivir peleando, el temor físico proclive en el ser humano se había ido borrando a tal extremo que, no medía a los hombre por el grosor de sus charreteras, sino por la cantidad y la ubicación de sus cicatrices. La mejor muestra, fue el gesto la subordinación al mando del general Andrés Cáceres, que le solicitó unir su fuerza aislada para engrosar las suyas. Desde que

lo vio, perseguido por una camarilla de indios torturados por el clima, supo que estaba frente a un titán, y no dijo más.

El último trago de café pasó por su garganta y esperó todavía que se deslice hasta su estómago. Cuando el líquido turbio entibió su abdomen, consideró que su misión estaba cumplida en esta tierra, entonces miró a sus enemigos sin rencor y se irguió, para adoptar una postura digna de su estirpe. Con la mano derecha tomó la cuchara, hizo una señal masónica y, lentamente, dio los tres golpes concertados en su condena. Lo último que oyó fue el estampido de la descarga. No los sintió. La taza vacía cayó sobre su regazo. El cabo dio un paso adelante, recargó su fusil y cumplió con la ley, dándole el tiro de gracia. Los borbotones de sangre comenzaron a emanar, mientras mantenía los ojos abiertos, fijos, como si todavía estuviera persiguiendo el recuerdo de su padre.

Lima, diciembre de 2010

**Carlos Freyre Zamudio,** *es capitán del Ejército, nació en Lima y estudió en el colegio Juan XXIII de Moquegua. Egresó de la Escuela Militar de Chorrillos como integrante de la promoción "Capitán Raúl Jiménez Chávez", el año 2000. Colabora con la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú y ha participado en la investigación y redacción de los libros: En Honor de la Verdad. Versión del Ejército sobre su participación en la defensa del sistema democrático contra las organizaciones terroristas y "Operación militar de rescate de rehenes Chavín de Huántar"; e integra el Comité Editorial de la Revista Documenta de Historia Militar. Asimismo es un destacado novelista y ha publicado: "Desde el valle de las Esmeraldas" y "El fantasmacopio".*